



La percepción del agua en la Edad Media

Editora: María Isabel del Val Valdiviso

Editorial: Universitat d'Alacant, Alicante, 2015

ISBN: 978-84-9717-345-2

Páginas: 319

Pocos elementos han perdurado tanto en nuestro acervo como el agua. Desde tiempos remotos, siendo nómada o sedentaria, la humanidad comprendió el valor de un bien que, en esencia y por su escasez, suponía el origen y la continuidad de la vida. Y la cultura hizo el resto hasta nuestros días.

Bajo esta premisa y atendiendo a la importancia que el líquido elemento tiene en nuestra existencia, la obra aquí reseñada supone un aporte al conocimiento que debe ser apreciado

desde varios puntos de vista. En primer lugar, el conjunto de textos que componen este libro ponen de manifiesto el extraordinario valor que el agua ha tenido en la cultura y en la vida medieval hispánica, sin importar el grupo social o la religión: Cristianismo, Judaísmo o Islam. En segundo lugar, las autoras y autores de la obra han dado buena cuenta de las múltiples manifestaciones culturales que han incorporado al agua como un refinado producto cultural fruto de las más diversas percepciones humanas. Poner orden en torno a un objetivo claro, mostrar la diversidad en las percepciones del agua, pasa por ser un proceso complejo que ha sido resuelto de manera notable. Fruto de ello, el libro se organiza en tres bloques: De lo real a lo imaginado, la palabra escrita y usos simbólicos del agua en las culturas cristiana, musulmana y hebrea; transitando así de la realidad a lo simbólico a través de la palabra y de los ritos.

El primer bloque se centra en la dicotomía agua real – agua imaginada, donde los trabajos plantean cómo la percepción del agua varió según los actores implicados. Como resultado de esta diferencia en las formas de percibir el agua, la materialización de lo imaginado tomó caminos muy diversos. Así lo plantea, por ejemplo, J. Rodríguez a través de las fuentes públicas en las villas alavesas a fines del medioevo; fuentes que respondían a necesidades básicas, como el abastecimiento, pero también a una política concejil orientada al control de los recursos hídricos y al fomento de infraestructuras que justificasen su

labor en pro del bien común. Todo ello a pesar de las asimetrías y desigualdades sociales que originaban las fuentes como resultado de su emplazamiento y de otros factores. El control de los recursos hídricos y del territorio por parte del poder fue una constante durante la Edad Media, como también pone de manifiesto M. Parra en el caso del Reino de Valencia y, en particular, en los marjales y humedales en el entorno de Orihuela. Dejando de lado la visión negativa que imperó sobre estos parajes, caracterizados en tiempos modernos como fuentes de epidemias y enfermedades, la autora muestra la importancia que tuvieron para el desarrollo de la colonización agraria del reino. Lo imaginado por muchos, en este caso, no siempre tuvo una correspondencia clara con la realidad, pero lo imaginado encontró otras formas de expresión como demuestran los tres trabajos que cierran el apartado. Los jardines y las fuentes han sido elementos centrales en los relatos bíblicos y, como explica I. Vaz Freitas, la representación de espacios como el “Jardim dos Amores” y los “Jardims do Paraíso” atendían a ese deseo de dotar de realidad a espacios imaginados que venían a representar la más alta sofisticación de los sentidos. Y es que los sentidos y las emociones se cultivaron, al menos en el imaginario, en todo tipo de jardines. Quizá por ello, como desgrana I. Szászdi, algunos personajes destacados en la expansión americana vieron en estos territorios un nuevo Paraíso. Desde Colón, apasionado por sus descubrimientos donde el agua

fluía con intensidad, a otros, como Ponce de León, obstinado en su búsqueda de la Fuente de la Eterna Juventud, vivieron presos de esta dicotomía entre el agua real y el agua imaginada. Y es que los mares y océanos dan buena cuenta de esta estrecha vinculación con el agua que acabó “inundando” mapas, derroteros y otros tantos testimonios de la época, como se encargan de mostrar M. Bochaca y B. Arízaga.

En no pocas ocasiones, el tránsito entre lo real y lo imaginado se valió de las palabras. Los textos medievales conforman una de las mejores muestras de cómo se percibía el agua y qué usos podían derivarse de esas percepciones. La literatura más refinada, ya sean crónicas como la de Pedro López de Ayala (C. Valdaliso) o la literatura cortesana (D. Pelaz), nos aporta una peculiar visión sobre la importancia que jugó el agua en ambientes que distan mucho de las fuentes públicas. Los ríos, en ambos casos, emergen como hitos geográficos necesarios para delimitar espacios; pero también como fuentes de vida e, incluso, como perfecta metáfora sobre el curso de la propia existencia humana. Así ocurre en el caso de Amadís de Gaula, cuya vida aparece vertebrada por el elemento. El agua da vida y a veces la quita. Así se puede observar en el trabajo de C. de la Rosa quien, a través un texto médico del s. XIV, la *Summa Mecicinae*, permite atender a una nueva dicotomía: el agua sanadora y fuente de vida frente al agua que enferma y produce la muerte. En cualquier caso, su capacidad sanadora es la que más

interesa a los galenos medievales, afanados por incluir el agua en la teoría y en la práctica de la medicina a través de baños, bebidas y todo tipo de recetas. En definitiva, el agua era un don en la Edad Media. E. Pérez lo demuestra analizando la presencia del elemento en diversos diplomas medievales que nos revelan al agua como objeto de deseo bajo el control de unos pocos capaces de cederlo a través de donaciones.

Por último, es difícil entender la diversidad de las percepciones y de la cultura medieval sin entender el elemento religioso. A ello se dedica expresamente el tercer bloque. El agua es un elemento común en las religiones del libro, compartiendo cualidades como su capacidad purificadora y sanadora. No obstante, la expresión de estas percepciones en torno al agua se desarrolló a través de ritos diversos y característicos de cada uno de los grupos religiosos que compartieron el territorio hispano medieval. R. Amran presenta el agua y la inmersión como un fenómeno aculturador propio de grupos judaizantes a fines del medievo, haciendo hincapié en prácticas que buscaban la limpieza y la purificación, a pesar de estar vetadas por contravenir los preceptos de la época. Muy similares eran algunas prácticas, esta vez permitidas, propias del mundo andalusí. B. Vázquez y E. Reklaityte profundizan en la cuestión y muestran cómo la ablución en mezquitas, baños y casas particulares era un rito de limpieza fundamental para muchos musulmanes que, como se aprecia a partir de los hallazgos arqueológicos, mantenían una especial

relación con el agua. La capacidad de sanar cuerpos y la virtud de generar vida donde solo existían terrenos yermos también hizo del agua un elemento imprescindible para muchas comunidades cristianas que, como la madrileña, desarrollaron una especial veneración. C. Segura y E. Jiménez nos remiten al agua mágica en Madrid, el agua que llegaba gracias a las plegarias a San Isidro, el santo labrador y aguador. La necesidad de contar con lluvias en una villa apenas irrigada por el limitado cauce del Manzanares hizo que muchos vecinos mantuviesen la fe en su santo y en las cualidades del agua que manaba de sus fuentes.

En definitiva, y como indica M.I. del Val, este volumen ofrece una diversidad de puntos de vista en torno al agua como elemento inserto en la cultura medieval hispánica que, a buen seguro, será el punto de partida de nuevos trabajos. Ayer y hoy, el agua ha sido necesaria para la vida en general y, cómo no, para proveer de mejores condiciones y de un mayor desarrollo a la humanidad.

David Carvajal de la Vega
Universidad de Valladolid